

cia la ciudad secándose mis lágrimas infantiles con el viento de esa loca carrera.

"Así fué como murió el *tender foot* (1) Raymond al pie del monte Calimity Jane, en momentos en que el sol se ponía con toda su belleza y cuando estaba recién desembarcado de Europa. Y en su lugar nació el *cow boy* Sheffiedd, á quien pusieron ese sobrenombre por la semejanza de su perfil con una hoja de cuchillo, y que es el mismo que escribe estos recuerdos!

"Poco tiempo después, un mes aproximadamente, me desayunaba en la cantina de Miller, situada á la medianía de la calle principal—*Main Street*—cuando un minero muy conocido, el gordo Brown, se disgustó con un *cow boy* por haber querido deshacer el trato de un rancho: este se llama Eddie Cutts.

Ambos sacaron sus pistolas y dispararon simultáneamente. Brown cayó muerto; la bala de su enemigo le atravesó el cráneo. La bala de Brown vino en derecha á mi mandíbula. Rompió el hueso y se detuvo cerca de la arteria. Miller, que profesaba particular estimación á Brown, quiso después disculpar á su amigo, con insistencia, afirmándome que el desgraciado había ya bebido esa mañana algunas *corpse revivert* de más. Los americanos poseen una porción de sinónimos para designar las diferentes mezclas alcohólicas que les sirven para envenenarse con delicia: *a widow's smile*—una sonrisa de viuda;—*a sweet recollection*—un dulce recuerdo;—*and eye opener*—un abre ojos. El más enérgico es el que usaba Miller, *el resucitador de cadáveres*. Y era irónica la denominación en esas circunstancias, puesto que la

(1) *Tender foot*: pie tierno y por tanto novicio.

intemperancia del bruto de Brown había causado una muerte, la suya, y estuvo á punto de producir la mía!

"Me levanté sintiéndome herido. No tuve fuerzas para dar un solo paso. Me pareció que todo giraba en derredor mío y volví á caer como muerto. Pero pronto recobré el conocimiento con esa especie de atención lúcida é ineficaz de los ensueños. Estaba yo tendido en el suelo junto al cuerpo de Brown, tan cerca, que con sólo estirar el brazo le podía tocar. Diez caras, que se movían automáticamente mascando el trozo de tabaco, me miraban con curiosidad sin que ninguno de ellos pensase en socorrerme. Mi sangre seguía corriendo sobre las losas y yo sufría cruelmente. Pedí un sacerdote, pero como hablé en francés, nadie me entendió. Además, el más cercano estaba á ciento cincuenta millas distante, y por otra parte, ¿qué necesidad tenía yo de sacerdote para morir como Brown? Uno más ó menos, acaso tiene importancia en la pradera?

"Viendo que ninguno de los que se hallaban á mi derredor se movía, ni aun cambiaba el *chic* para otro lado de la boca, tan indiferentes así les eran mis quejidos, tuve la idea de gritar, de aullar en mi estertor los nombres de Herbert y de Johnson. Un cuarto de hora después llegaron mis dos amigos acompañados de un hombre chaparro, vestido de *redingot*, con la barba abandonada cual si en diez días no se la hubiera tocado, con sombrero de forma alta y ajado, corbata blanca con rayas de mugre, y luciendo botones de brillantes en los ojales deshebrados de la camisa. Era el célebre M. Briggs, el mejor médico de Black Hills, cirujano diestrisimo, aunque tachado por los americanos de muy afecto al cuchillo,—*he is rather fond of the knife you know*—y que

por lo común estaba ébrio pasadas las diez de la mañana. Por fortuna mía eran apenas las nueve. Tuve tiempo bastante para fijarme en los detalles de la pintoresca facha de su ropa, pues me hizo tender sobre la mesa del billar y comenzó á sondear mi herida. Debo confesar que lo hacía con bastante suavidad, y mientras ejecutaba esa operación, las gotas que producía el tabaco que mascaba me caían en la cara.

—“Well!” dijo con flema que daba pocas seguridades, “el *gentleman* ha escapado de buena. La bala ha resbalado debajo de la arteria que late en ese sitio. Los huesos se repararán pronto. En cuanto á la bala, si se queda allí, á la larga puede gastar la arteria, que se romperá derrepente. Y entonces sobrevendrá un derrame interno y la muerte súbita. Si prefiere que la estraiga, lo ensayaré, pero no respondo de nada. A él es á quien toca escoger. . . .”

“Herbert me tradujo ese horrible diagnóstico. Hice mentalmente un acto de contrición y dije que me extrajeran la bala. Todo el mundo había sido retirado por Briggs, y no quedaron junto á mí sino Herbert y Johnson cuando me sondeaba la herida. Llamé por sus nombres á seis de las personas que esperaban en la puerta, y que se situaron graves é indiferentes, en torno de la mesa de billar.

—“¿Para qué?” pregunté á Herbert que seguía siendo el intérprete entre el doctor y yo.

—“Well,” respondió Briggs, “estos *gentlemen* son personas notables del pueblo que testificarán que no he tenido yo culpa alguna si la muerte sobreviene en el curso de la operación. . . .”

“Esta frase fué la última que oí al dormirme bajo la influencia del aroma dulce del cloroformo. Cuando desperté, había una larga costura en mi gargan-

ta y tenía la bala en mi mano. Los notables desaparecían, encantados por haber tenido ese ligero *excitement* en su mañana. El doctor recibió trescientos *dollars*. Un mes más tarde estaba sano mi maxilar. Pero muchas semanas estuve muy débil á causa de tanta sangre como perdí. En cuanto á Briggs, un día que por casualidad me encontré, tres años después, en Rapid City, á donde fuimos con motivo de una elección que se disputaba calurosamente, me arrastró á la plataforma, me exhibió y enseñando mi cicatriz ante mil quinientos bobos, obtuvo ruidosa victoria sobre su adversario. Yo era, según parece, la única operación viva que se le había logrado!

“Esa reseña de las costumbres reinantes entonces en *Custer City*, hará comprender que esa morada de la pereza, de la embriaguez y del asesinato, no nos retuvo mucho tiempo. Además, que allí con trabajos subveníamos á nuestras necesidades, aunque nuestros garafones nos produjesen cuarenta *dollars* por cada yegua que se les llevaba. Pero los objetos más insignificantes de primera necesidad costaban horrorosamente caros, como sucede en todas las poblaciones cercanas á los placares de oro. Por ejemplo, en Ouster, no se sabía lo que era ni pedir ni volver una moneda de nickel. La moneda de cinco sueldos era la unidad del gasto. No se llega á sospechar sin sufrirlo lo que semejante miseria influye en los pequeños presupuestos como el nuestro. Resolvimos, pues, llevar á cabo nuestro primer proyecto, y buscar un rancho con grandes pastos regados por aguas corrientes, en donde pudiéramos dedicarnos á la cría.

“Tuvimos la fortuna de hallar pronto un sitio como el que buscábamos y bautizamos al estableci-

miento con el nombre de *Fer-de-Lance*, en recuerdo del encuentro que hicimos cuando cavábamos los cimientos de nuestra casa, de una punta de hierro, escapada sin duda, muchos años atrás de la flecha de algún indio. Valiéndonos de vigas, apenas desbastadas, de tablas mal acepilladas y de clavijas de madera,—pues escaseaban por completo los clavos en el país,—conseguimos levantar una especie de barraca para nosotros y una caballeriza para nuestros caballos. En este trabajo dilatamos seis meses, en los que estuvimos tan atareados, que no tuvimos tiempo paocuparnos del rancho. Agréguese: quince de viaje, cinco en Nueva York, siete en el camino de fierro y quince en la Pradera, que hacen un total de más de un mes. Un mes más de espera, uno de enfermedad y otro de convalecencia, son tres meses, que con los seis gastados en construir nuestra insignificante casucha, hacen en junto casi un año, tiempo que hacía habíamos dejado Herbert, el Derbishire y yo, el Delfinado, y en este año había yo estado á punto de morir, habíamos gastado nuestro común capital y la única adquisición hecha por nosotros era el *log-house*, la casucha construida con nuestras propias manos!

“Y aun esta propiedad no tenía garantía, sino con la condición de defenderla. El riachuelo y los pastos donde acampábamos pertenecieron á un propietario, á un tal Bob,—un conocidísimo ladrón de caballos,—y á quien denominaban *Yorkey Bob* del nombre de su pueblo natal.—Este facineroso había perdido todos sus derechos sobre la propiedad, supuesto que la había abandonado. Pero no era una razón para que no procurase rescatarla de los nuevos poseedores y en efecto, volvió á Custer City y dijo á gritos en el *saloon* de Miller:

—“Arreglaré cuentas con esos dos *tender foot* europeos. Les enseñaré cómo deben apoderarse de mis propiedades antes de mi muerte!”

“Este consolador propósito nos fué referido casi inmediatamente por el doctor Briggs, que nos escaseaba sus visitas.

Cuando “mi salvador,” como se apellidaba á sí mismo el doctor, nos dió esa susodicha prueba de su simpatía, nos miramos Herbert y yo. Leimos los dos en nuestros ojos la intención de subir á caballo inmediatamente para ir, ántes que él viniera, á arreglar su cuenta á ese fanfarrón de *saloon*. Pronto se llega en la Pradera á esta concepción del derecho de legítima defensa: atacar primero para no ser atacado. Por suerte no dimos curso á ese acceso de indignación preventiva. Tuvo Herbert sangre fría bastante para inventar una prueba que debía precavernos para siempre contra toda amenaza de ese género. Era y aun es, á Dios gracias, tirador de pistola muy superior á la media de los maestros. Distinguió un inocente pichón que arrullaba, sobre el techo de la caballeriza, á cincuenta piés de distancia y lo tiró con una bala de su revólver.

—“Puede usted contar á Yorkey Bob lo que acabo de hacer,” dijo á Briggs, “y aun puede usted decirle que si alguna vez llevo á encontrarle, en cualquier parte, en una cantina, en la calle ó en la Pradera, haré con él lo mismo que acabo de hacer con el pichón.”

“Y volví las espaldas al bueno del doctor. Este permaneció un instante como sentenciado, después escupió á lo lejos. Eso para un americano es la señal de una impresión profunda. Siempre he pensado que su venida tuvo por objeto proponernos á los nuevos propietarios del riachuelo, á nombre del antiguo, un

bueno y sólido tratado de alianza—se entiende, mediante algunas especies sonantes y contantes. En resumidas cuentas si los dos bandidos eran cómplices, bastó para desbaratar la conjuración el tiro al blanco de Herbert y su amenaza. Pero, por dos meses estuvimos alerta, acostándonos fuera de la casa todas las noches, por el temor de una sorpresa. En el día, las precauciones que tomábamos no hubieran podido ser mayores. Los tiempos estaban tan revueltos, que dos jinetes no podía apercibirse en la Pradera á cinco millas de distancia, sin jalar uno para la derecha y el otro hacia la izquierda. Desierto extraño, que procuraba hacer más desierto aun el hombre y en donde solo temía á su semejante! Era la época en que la mala de Deadwood era desvalijada mes con mes, la época en que el coche del receptor de Lead City, con todo y sus seis guardias de á caballo era detenida y los ciento cincuenta mil *dollars* que llevaba,—setecientos cincuenta mil francos en barras de oro—dispersados por los cuatro vientos del Lakota y del Wyoming. Una oleada de aventureros se derramaba sobre Deadwood, donde se acaba de encontrar una nueva veta de oro,—y que eran la escoria de todos los países y de todas las razas. La vida humana, que se complacen los yankees en decir que en su país tiene tantas facilidades,—*very cheap*—estaba realmente á tan poco precio que vivir en los Black Hills, era estar en guerra todos los días y á toda hora. Pronto se acostumbra uno á condiciones en apariencia tan extraordinaria. Admira el modo como se habitúa uno á la idea de una muerte violenta. Es otra clase de muerte, distinta de la que sobreviene por enfermedad y á la que nunca se acostumbra la imaginación—al menos la mía.

“Yorkey Bob, pensaba sin duda alguna diferente á

mí con respecto á ese asunto, pues después de la prueba de destreza dada por Herbert, tuvo sumo cuidado en esquivar á los dos *tender foot* de Europa. Estaba escrito que le matarían pero de otro modo. Robó de nuevo tantos animales en los alrededores de Custer City y cerca de nosotros, que determinaron los *cow-boys* desembarazar la ciudad de tan peligroso bandido. Una tarde que estaba bebiendo tranquilamente en la cantina de Miller, un alevoso le aventó una lazada por la espalda, jaló con fuerza y dió la punta de la reata á un jinete que esperaba en la puerta. Este partió á carrera tendida. Bob se sofocó instantáneamente. Tuvo el instinto y la energía de sacar su revólver izquierdo, pues también usaba uno de cada lado, y á pesar de las espantosas sacudidas de la loca carrera, al través del llano sus dedos no soltaron el arma. Fué necesario quebrárselos para arrancarlo. Quiso la casualidad que asistiéramos á ese último episodio de la muerte de nuestro enemigo. Nada mejor puedo consignar para explicar la metamorfosis que produjo en nosotros ese primer año, que el hecho de haber permanecido indiferentes ante esa ejecución sumaria.

“Bob no fué llorado sino por una sola persona, por una mujer-bandido que tenía un hotel en Custer y que era su amante. Tenía esa criatura una destreza mucho más notable con la carabina que la de Herbert con la pistola. La ví, no una, sino diez veces, pasar una calabaza á cien metros, haciendo pasar la bala por el agujero ya preparado para el tapón y sin rozar siquiera los bordes. Se veía en cada cuarto de su hotel la siguiente inscripción trazada por ella misma en enormes caracteres rojos:

—“*Don't lie on the bed with you boots. Don't spit on the blankets. Be a man*”—No os acosteis sobre

la cama con botas. No escupáis sobre los lienzos. Sed hombres....

"Había hecho varias muertes y por sus vestidos de hombre y por sus eternos juramentos, era digna compañera de Bob, á quien con seguridad hubiera vengado si conociera á sus asesinos. Pero las empresas de tal género se llevaban á cabo con la cara cubierta con un antifaz ó con un pañuelo, como ya se lo dije á usted á propósito de los asaltos al tren.—Además, puede usted confirmarlo con todos los diversos hechos referidos por los periódicos.—Esa justicia sumaria valía mucho más que la justicia legal, tal y como después la conocimos, con sus magistrados y sus abogados, que nos costaron muy más caro que lo que costaban las comisiones ejecutivas del género de la que nos libró de Yorkey Bob. En suma, la segunda justicia fué también para nosotros menos justa!

.....
A consecuencia de esa segunda experiencia nos decidimos á vivir más encerrados en nuestro rancho. Ibamos excepcionalmente á las ciudades, y muy de tarde en tarde, y acabamos por no tener más sociedad que la de los *cow boys*, la de los *grangers* y la de los *miners*. Esas son las tres clases en que se dividen los habitantes de la pradera. Las tres se asemejan por la misma aversión que tienen á la vida civilizada, por igual energía en sus empresas y por la costumbre del peligro. Sus ambiciones difieren hasta el grado de convertirlos en enemigos en algunos momentos. Cada uno tiene sus héroes, cuya leyenda se repite y se complica sin cesar. Buffalo-Bill es el de los *cow boys*, Mackay el de los *miners*. Y el de los *grangers* es Lincoln á causa de su principio. Forman la vanguardia de la América, entre la

marea creciente de la inmigración, por una parte, y los últimos Pielés-Rojas por la otra. Mejor dicho, la formaban en la época reciente y sin embargo ya lejana, de que hablo. Pues cada año los indios se retiran y desaparecen y los territorios vacíos se pueblan. Dentro de medio siglo, si aun vivo, veré, con seguridad, levantarse inmensas ciudades en esa pradera que conocí tan vasta y tan libre!

"El límite de las reservaciones Indias,—he allí, aun hoy día, el dominio propio de los grandes ranchos. El *Home-Ranch*, con sus casas de madera y sus caballerizas de tierra, se levanta cerca de un manantial. Una veintena de honrados bandidos viven en él bajo la autoridad de un jefe, de un *foreman*, que naturalmente es el más fuerte y el más diestro de ellos. Y no digo el más valiente, pues todos lo son al mismo grado, sin cuya cualidad no serían dignos de ser *cow boys*. Andan errantes y en libertad en los pastos del tío Sam, cincuenta mil caballos, vacas ó bueyes, y esos muchachos pasan el año en contarlos, marcarlos y expedirlos por vía férrea á Chicago.

No es tarea tan fácil guiar, atravesando la pradera, un ganado compuesto de tres á cuatro mil animales. Varios jinetes preceden la marcha, otros vigilan en los costados y otros más recogen á los regados. Es preciso evitar el paso por las vías férreas, pues allí se producen pánicos casi siempre irreparables. Viendo al Colorado, para donde traía ciento cincuenta caballos, me aconteció desembocar repentinamente sobre una vía férrea en momentos en que pasaba un tren. Mis caballos no habían visto nunca una locomotora. Les sobrecogió tal terror, que los desbandó por todos lados en una circunferencia de cien millas. Tuve que perder cincuenta y cinco días para reunirlos de nuevo. Otras ocasiones es una tem-

pestad la que se desata, una de esas tempestades de la pradera parecidas á ciclones. Se junta entonces á la enorme masa viva en solo un grupo y en su alrededor remolnan al galope los *cow boys*. Con esto se procura hacer rondar á los animales enloquecidos literalmente por el trueno y por los relámpagos. Eso se consigue á tiros de pistola disparados por docenas sobre los hocicos levantados. Si el movimiento giratorio se rompiese, el colosal ganado cargaría sobre un solo lado, y, como antes lo hacían los bisontes salvajes, rompería todo, atropellaría y pisaría á los hombres y á los caballos como á pajas.

"Semejante oficio y en semejante medio, requiere hombres de energía invencible y decididos á todo. Basta con decir que la elección de un personal en un rancho, es parecida á la de un batallón en la Legión extranjera de Francia. Como es natural, el desecho del mundo civilizado encalla allí. En *Fer de Lance* teníamos un cocinero alemán, un pastor italiano, dos vaqueros franceses, y entre los americanos, individuos borrados de la matrícula, como Billy, hijo de un pastor de Chicago. Este último nos hacía reír hasta el llanto, en las noches, refiriéndonos los recuerdos de su adolescencia, pasada en uno de esos colegios mixtos que entre nosotros son el objeto de serios estudios para ciertos escritores que vinieron aquí en comisión. Hubiera deseado que uno de esos graves emborronadores de artículos se hubiera hallado aquí para oír á Billy describir la clase de dibujo y el entretenimiento de sus vecinas, entregadas á dibujar magistrales formas masculinas, mientras que él se dedicaba de preferencia á la reproducción de la anatomía femenina!

"Entre nosotros había también muchos personajes enigmáticos que no hablaban nunca de su pasa-

do; y aun un francés de quien aun en la actualidad ignoro el nombre verdadero. Se hacía llamar Juan Bernard. Era el lazador más hábil de la Pradera. Tenía la pasión, casi la locura del peligro. Un día para tener seguridad de no soltar un caballo indomable, se amarró los puños y los riñones con nudos corredizos y fué arrastrado por él. Se quebró ambos brazos en dos sitios distintos y hubiera muerto si Herbert no hubiera detenido al caballo metiéndole una bala en los pulmones.

"Tampoco he llegado á saber el nombre de un Holandés que se llamaba simplemente Frank. Ebrio de wiskey, cierta noche, en una población corta del Oeste, se propuso echar del hotel á más de veinte viajeros, amenazándolos con su revólver. Se barricó en la casa y sostuvo un sitio en toda regla. Hacía un frío de veinte grados bajo cero, de modo que, habiendo seguido bebiendo para calentarse, acabó por caer tras de la puerta, como un animal muerto. Esa imprudencia extravagante terminó con eso sin haber costado una sola gota de sangre. Pero á Frank le hubiera costado cara, si en ayunas no fuera un muchacho inmejorable, y si sobre todo no hubiera sido íntimo amigo de otro personaje que disfrutaba de legendaria autoridad, el conde La Chaussée Jancourt. Este gentil hombre belga, á quien hacía tiempo perdió de vista su familia, me encontró un día en el fondo de la Reservación india. Iba á caballo con sus dos mujeres, dos verdaderas *squaws*, que le escoltaban también á caballo y con el rifle sobre las espaldas como él lo llevaba. Me dijo con expresión de vanidad muy extraña en semejantes circunstancias:

—"Usted es el Francés de *Fer de Lance*. Yo, soy el conde de La Chaussée Jancourt, bachiller en letras y en ciencias!..."

"Tenía cara de ser un salteador de camino real. Me guardé de manifestar la menor emoción. Esos bandoleros tiran con destreza infalible. Pero la aparición de ese bachiller entre esas dos salvajes vestidas de pieles y con cara tan curtida y tan amarilla como la de sus compañeras, me persiguió mucho tiempo. "¿Llegaré acaso hasta ese grado?... " pensaba yo de vez en cuando y esa original terminación de mi vida del Oeste no me parecía ni imposible, ni aun temible, tan invadido, tan enlazado, tan intoxicado así, me sentía cada día más por el embeleso de esa vida primitiva y libre, y me contestaba alegremente: "Y por qué nó?... "

"Sí, es un embeleso!... Y aun hoy es la sola palabra—tomada en su sentido antiguo—que me ocurre para expresar la especie de hechizo que ejercía esa existencia sobre mí. Y aun lo ejerce á través de los años. Cuando quiero desentrañar las razones de ese atractivo todopoderoso, encuentro desde luego un desentimiento bien extraño en un país en donde los revólvers se disparan solos, el de que no he vivido nunca días semejantes, pues en ellos jamás tuve miedo por el porvenir. Allí conocí una especie de serenidad, casi de una seguridad incomparable. Allí tenía la plena conciencia de mi valor y de mi fuerza. Sabía que mis *cow-boys* me eran tan fieles como *mamelouks*. Pues esos desesperados hallan de nuevo profundas virtudes de honor personal, una vez que escapan de su pasado y de la civilización.

"Un rancharo me avisaba, por correo como es costumbre, que una de mis yeguas había sido vista á doscientas millas de *For de Lance*, pues no tenía más que llamar á uno, á Frank por ejemplo, y rogarle—no se ordena nunca en el Oeste—que fuera á buscar al animal extraviado. Me ofrecía que la encontraría

y ya no tenía yo que preocuparme por cosa alguna. Partía, llevando tres caballos de silla, su manta impermeable, su revólver de seis tiros, y estaba yo cierto de verle volver á los dos meses y á la yegua con él. Me había dado su palabra. En donde había dormido en ese tiempo? Cómo había vivido? Ni siquiera pensaba yo en hacerme esas preguntas.

"Viviendo con hombres de ese temple me acostumbé á no tener en cuenta lo imposible. Yo mismo había perdido ese sentimiento porque el fuego de la juventud, sostenido por el aire libre y por la pureza absoluta, superabundaba en todo mi sér. En esa existencia las costumbres eran tan violentas que llegaban á lo trágico, y duras hasta convertirse en rudas. Pero no eran corrompidas y la continencia era allí la regla. Acontecía, ciertamente, que los *cow-boys*, una vez que tenían en la mano el dinero de su salario, fueran reunidos en carpanta á alguna población de la frontera en solicitud de una miserable vendedora de aguardiente y de amor. Pero esas orgías eran rarísimas y esas casas de prostitución, donde esos muchachos esperaban su turno en la sala del piso bajo, no eran á propósito para tentarnos. Era tan extraordinario en la Pradera el encuentro con una mujer, que los caballos daban saltos de dos metros de altura á la vista de unas enaguas, y además el agotamiento físico era muy considerable para permitir que se exaltara la imaginación. La fatiga muscular abolía por completo al sistema nervioso. Era tan completo, para mí, el desprendimiento de la vida pasional, que ni aun podía volver á recordar los romances de Maupassant y los versos de Musset que adoré en otro tiempo. Me figuraba que esas páginas describían modos de vivir y de sufrir, casi inverosímiles é inconcebibles.

"En cambio, en mis cabalgatas solitarias, sentía crecer en mí una especie de poesía interior, formada toda ella de una comunión profunda con la naturaleza y que era intraducible en palabras. Me animalizaba con los animales ó éstos se humanizaban conmigo, como se quiera. Ahora comprendía el lenguaje de los caballos que hablan con las orejas y con las narices; el de las vacas que hablan con los ojos, con la frente y sobre todo con la cola; el de los perros que hablan con todo el cuerpo y cuyo pensamiento cambia con tanta rapidez que cuesta trabajo seguirlo. Comprendía verdaderos diálogos por medio de señales con esos seres que ántes eran mudos para mí. Un diálogo más sublime y más íntimo era el que entablaba con el Sér inmenso, con el autor de todas las cosas y de todas las criaturas. Cuando, á la salida del sol, sentado á caballo y dispuesto á partir, contemplaba la Pradera ondeante hasta perderse de vista—como un mar inmovilizado en día de suave brisa—sufría una embriaguez sagrada, un arrebató extático por la vida, al sentirme tan fuerte y al tener ante mí ese horizonte lleno de luz y de soledad. Involuntariamente brotaba de mis labios esta oración: "Padre nuestro que estás en los cielos..." Daba gracias á Dios por el bendito don de la vida, por la hermosura de su obra visible y por los favores que me concedía el destino, con un estremecimiento de toda mi alma, que nunca había conocido anteriormente y que jamás he sentido después.

"Teniendo en cuenta lo que he referido antes, sería yo un necio si pretendiera que semejantes efusiones eran generales en los compañeros brutales entre quienes me encontraba lanzado. Y sin embargo, más cercana en la naturaleza vírgen. De dónde pro-

venía la elevación de sentimientos que se manifestaba sin cesar en los mejores de ellos, su fidelidad en la promesa, su solidez en la amistad, sus virtudes de paciencia y de lealtad, sino de una influencia análoga á la que yo más conscientemente sufría? En todo caso, esa era mi manera propia de sentir, y no hubiera dado una idea exacta de mi vida de esa época si no hubiera referido estas emociones juntamente con aquellas.

"Llega un día en el que después de haber galopado por meses enteros sobre la Pradera, que es vuestro libre dominio, se nota en la tierra un hinchamiento que no estaba la vispera. Cerca de él se perfila el esqueleto de una carreta. Arado, una garrucha, algunos instrumentos de labranza y dos ó tres rocines éticos amarrados á una estaca testifican que allí está un emigrante con su pobre fortuna. Se dirige el caballo hacia ese lado, y á los vigorosos *Hellos* que se lanzan se ve levantarse una tapa que ocultaba un hoyo ahondado en la tierra. De él emerge una cabeza de hombre y por detrás cabezas de niños. En el fondo se dibuja el rostro temeroso y fatigado de la madre. Es un *granger*. En el pasado otoño, pasaría por allí á caballo y le gustó el sitio. Fué á buscar al Este, su familia, su fortuna y héle allí. Ese hoyo que mide de doce á quince piés dentro de tierra los abrigará á todos hasta el día en que haya levantado su *log house*.

—"*Hello!* Extranjero,—dice—¿de dónde viene usted?"

—"Y usted, amigo mío, ¿usted es quien merece mejor el nombre de extranjero?"

—"Vengo de Nebraska, donde había muchísima gente para mí. Aquí estaré mejor..."

"El *cow-boy* hace un gesto. Un *granger* no es nada. Pero mañana serán diez, pasado mañana ciento, y después millares. Se baja del caballo y los dos hombres comienzan á platicar con frialdad al principio, luego amigablemente. El *cow-boy* indica al otro los mejores lugares de casa. Ambos en cuclillas tallan con encarnizamiento pequeñas astillas de madera. La mujer permanece oculta en medio del hoyo.

"¡Cuántas topineras humanas parecidas á ésta he visto levantarse en la Pradera! Estos atrevidos gastadores de vanguardia jamás vienen de Europa; al contrario, son americanos de Estados Unidos ó del Canadá, á quienes la inmigración europea ha arrojado hacia el libre Oeste. Medio agricultores y medio cazadores, flacos y taciturnos, bronceados como los Pielas Rojas y casi tan salvajes; de lo que huyen es de la vida civilizada, es de la ciudad, es de la industria. Preceden al ejército de los desmontadores y no molestan para nada á los ranchos de cría. Únicamente que llega un día en que otros les imitan, ocupan los mejores pastos y por todas partes se levantan los setos donde se mutilan los caballos de los ranchos. Estas gentes se apoderan de todos los manantiales. No es raro ver en la primavera á cada una de sus vacas rodeadas de cinco ó seis becerros, —riquez poco sorprendente cuando se habita á lado de un rancho de cinco mil cabezas. Por último no se tienen el corazón para alimentarse á expensas del poderoso vecino. Y lo ejecutan con tanta frecuencia, que el *foreman* obtiene un día su expulsión. Ora recurren á las amenazas, ora al fuego, estos *cow boys*, pero con más frecuencia se conforman con llevarse en la noche el ganado del *granger* á cien millas de distancia.

"El desgraciado despierta arruinado á la mañana

siguiente. Comprende y se resuelve á abandonar su posesión ó bien parte á buscar sus animales que es una inquisición que no termina nunca. Parecerá el procedimiento algo sumario, pero es necesario no olvidar que el Antiguo Testamento sirve de regla al Oeste y que los recién venidos tienen que someterse á él. Después, cuando se trata de la vida ó la muerte de un rancho, es caso de legítima defensa en que estos medios son permitidos. Al menos tal me parecían cuando estaba yo allá. Desde el momento en que aumenta el número de advenedizos, el rancho no puede sino ceder y acercarse á las Montañas Rocallosas. Ha hecho ya su oficio de descubierta y va á volverlo á comenzar, tan lejos cuanto le sea posible, de los *granger* y tan cerca cuanto pueda de los indios.

El indio no es enemigo de los *cow-boy*, sino en la época en que desentierra la hacha de guerra. Iba á serlo meses después de nuestro arribo. El *foreman* de un rancho esparació en la Pradera cuartos de carne empapados con estricnina para envenenar á los coyotes. Dos Sioux comieron de esa carne y murieron presa de espantosas convulsiones. Afortunadamente el *foreman* era amigo de Sitting Bull, el héroe del asesinato del general Custer y de un regimiento de caballería. Y éste impidió que se sublevara su tribu. *Fer de Lance* estaba en la frontera de la reservación de los Sioux de Dakota. Para nosotros fué una vecindad utilísima en la época en que se señalaban las contribuciones del Condado. Llevábamos á esa reservación las tres cuartas partes de nuestro ganado y podíamos sin responsabilidad, manifestar un número limitado de animales.

"Más tarde explicaré cómo esa falta aparente de delicadeza no era sino un medio para escapar al ban-

dolerismo legal. Los mismos Indios se prestaban con complacencia á ese engaño, pues aun ellos sufrían el latrocinio de los agentes del Gobierno. Y por otra parte, no es al hombre libre de á caballo que vive en la Pradera como viven ellos, á quien temen; es al colono y al ingeniero. Conocí mucho á ese Srting Bull, que entre paréntesis, por haberse sometido recibió una casa del Estado. Siempre se acostaba ante la puerta, en el exterior. Jamás había dormido bajo de techo. El día en que resonó el silbato de la primera locomotora en los ecos de los Black Hills, estaba yo con él en una eminencia. Miró largo espacio de tiempo á la extraña máquina, después se acurrucó en el suelo con la cabeza entre las manos. A las dos horas, cuando volví lo hallé en la misma postura.

—“Ya es viejo Sitting Bull,” fué la única respuesta que dió á mis preguntas. “Y quisiera estar ya con sus padres al otro lado de la muerte.”

“Me fué imposible obtener de él una palabra más tarde. Había adivinado que esos dos rieles tendidos en la Pradera hasta perderse de vista, traían á su tribu hasta el último refugio de su independencia, la civilización y por consiguiente su fin ineludible? Así lo creo. Era un gran jefe que no tardó mucho en realizar su deseo. Fué muerto en la sublevación de 1891 y le deseo la tranquilidad más completa “del otro lado de la muerte.” Cuando pienso en los indios que conocí allá abajo, me viene desde luego á la imaginación su cara durísima de mandíbula tan larga, y sobre todo, el de una mujer, jóven aún, una Utah á quien encontré con su marido en los alrededores de *Salt Lake City*. Me pidieron tabaco y devoraron mis cigarros, el continente y el contenido. El guerrero estaba descontento con su mujer é iba á

matarla en un lugar oculto. Y de hecho jamás volvió ella á parecer. Aunque entonces ni siquiera sospeché el designio del Ute, me he reprochado siempre no haber proseguido mis exploraciones en su compañía de grado ó por fuerza. Me vino á la imaginación esa idea por una especie de presentimiento. Hubiera yo, sin duda alguna, salvado la vida á esa jovencita. Su figura tristísima, sus ojos grandes y tiernos, resignados anticipadamente, me ha perseguido por muchos años.

.....
Felizmente, semejantes encuentros son muy raros como ya lo he dicho. Si las rivalidades del sexo se uniesen para exasperar la ferocidad de las disputas que ocasionan el juego y la bebida y que siembran de cadáveres los *saloons*, la Pradera se vería en breve despoblada. En revancha, no es rara una tentación: la de las minas de oro ó de plata descubiertas repentinamente en la vecindad. Se sabe la noticia por un pasajero. Al principio no se le dá crédito. Después se confirma. Os acordais de haber hablado con el hombre á quien cayó esta lotería. Buscaba su mina hacía ya largos años. Os burlasteis de él, como todos lo hacían, y he aquí que ahora es millonario. Muchos ejemplos semejantes se presentan á la imaginación y se dice uno:

—“Y por qué razón no ensayaría yo también? . . . Quién sabe! . . . tal vez podré tener la misma suerte. . . .”

“Este es el primer ataque de la fiebre del oro. Sin embargo el trabajo del rancho le lleva á uno á la realidad. Hay caballos y bueyes que deben venderse. Es fuerza galopar millas y más millas. Y el acceso se retira.

“Pocas semanas después, los *cow-boys*, platican en

derredor del fuego. Uno les escucha. Hablan de otro minero que ha descubierto otra veta. Y vuelve uno á encontrarse opreso por el mismo insensato deseo de ir á buscar ese oro que nos rodea, que se oculta aquí y allí, en nuestro derredor, tal vez á nuestros mismos pies.

“Y después de algunos accesos, vuelve la fiebre con mayor violencia. Una mañana cualquiera se toma el revólver, jamón y harina y parte uno atravesando rocas, con la vista en el suelo, con el espíritu, con el corazón, con la voluntad en la tierra dominado, arrastrado, hipnotizado por la palabra mágica que se va repitiendo en los malos pasos, bajo el sol ardiente ó bajo el frío intensísimo del hielo: ‘Oro, oro, oro!’...”

“Es una locura contagiosa de la que muy pocos se escapan. A mí también me ha envenenado como á todos. He tomado el apresto del buscador de oro, y he ido. Acababa de encontrar uno de mis vaqueros una mina de plata y de venderla en diez mil *dollars*. Y sucumbí al día siguiente de esa venta! Aun me veo metiéndome en los desfiladeros de la montaña, y escarbando, escarbando sin descanso las piedras, con la mirada, con las manos, con la punta del pico. Las millas sucedían á las millas y las rocas seguían á las rocas. Todo había desaparecido ante el deslumbramiento del oro: la fatiga y el apetito, el sentimiento de mis deberes hácia mi rancho dejado tras de mí y mi dignidad de hombre. Mañana encontraré! Mañana!... todavía mañana!... Y durante seis días anduve de ese modo. Ese sentimiento había hecho de mí su presa. En la mañana del séptimo día al elevar mi oración, que había desdeñado hacer durante toda esa semana de posesión, Dios me concedió la gracia de abrirme los ojos sobre mi extravío.

Si hablo con esta solemnidad es intencionalmente. He conocido muchas buenas inteligencias, muchas grandes energías que se gastan lamentablemente en el fondo de los desiertos, persiguiendo ese oro, sin que ninguna decepción, sin que ningún razonamiento, sin que ninguna prueba les cure de su hipnotismo.

“Hopkins, uno de esos, me contaba las semanas que había pasado viviendo con jamón frío entre las quebraduras de la roca. La humareda más insignificante daba el alerta á los indios, que batían la pradera en busca de cráneo que desollar. Y no por eso dejaba de seguir, antes y después, su quimérica caza. Cuando yo le conocí, escavaba una mina nueva. Su pozo bajaba ya á treinta piés de profundidad.

—“¡Mina más rica! Aquí abajo hay millones, millones como los de Mackay en la Bonanza..... Me falta capital para desarrollar la veta. Ya escribí á Chicago y van á venir.....”

“Pobre viejo Hopkins! Veía sus millones. Los tocaba. Los contaba. Iba á ser rico, muy rico. Tendría gigantes máquinas que molerían el metal día y noche. ¡Cuánto arrobamiento en esa flaca y macilenta cara, que parecía haber tomado los tonos del oro á fuerza de soñar tanto con él, gastada y ahondada por las privaciones y por el sufrimiento, luciendo en medio de ella dos ojos que despedían llamas, dos ojos de creyente y de visionario! El viento del Oeste silbaba á través de la miserable casucha, cuyo techo desunido abrigaba su ensueño. Y yo, que había sido atacado por esa misma fiebre, aunque un sólo momento, tuve piedad de su locura y partí sin causar el menor ruido por temor de volverle á la realidad.

No se descubren con frecuencia minas semejantes

á la Bonanza; recogen al menos los mineros en sus placeres un poco de polvo de oro; y si guardasen sus ganancias como lo hacen los labriegos franceses, envejecerían en la holgura. Mas el Oeste no es el país de las cajas de ahorros y de las fortunas medianas. Es el de los aventureros, los jugadores y el país del todo ó nada. No bien reúnen los gambusinos algunos centenares de *dollars*, apenas reciben los *cow boys* su paga, unos y otros van á derrochar el dinero á la ciudad más próxima, á cincuenta, á doscientas millas.

“Respecto de nosotros, solo una vez al año íbamos á Deadwood, y nos dábamos el lujo de instalarnos en el único palco del Gaiety Theatre. Se estaba poco cómodamente, porque los espectadores de orquesta, por vía de aplauso en los pasajes culminantes, fusilaban las pinturas raras de la escena; así es que yo temía conocer prácticamente la facilidad con que una bala se extravía del blanco. Además, este palco ejercía un atractivo poderoso sobre las horribles bailarinas importadas de Chicago, que nos asesinaban con ojeadas, al propio tiempo que ejecutaban sus piruetas.

Cuando les habíamos arrojado á la escena un número respetable de *dollars*, subían á abrazarnos, según la costumbre, y sobre todo á pedir una botella de una pseudo-champaña que costaba treinta francos y no valía veinte sueldos. A menudo, un ranchero chistoso las lazaba á su paso de la escena á nuestro palco, promoviendo una tempestad de aplausos, acompañada de una nueva fusilería, en aquella atmósfera tan cargada de alcohol, que parecía que los cerillos, encendidos para dar fuego á los puros y á las pipas, debían hacer incendiar la sala como si fuese una enorme ponchera.

“Oscilaba, pues, la vida de los mineros entre los placeres de este género y su trabajo de forzados: á lo menos de aquellos que profesan de buena fe su iluminismo.

“Los otros, más inteligentes y más taimados, llegan á la mayor fortuna por procedimientos de ratería tan ingeniosa, que para describirla se necesitarían volúmenes. Yo me limitaré á relatar la aventura de cierto Parker, quien en 1885 vendió una mina en doscientos mil *dollars* al contado á Frissel y Comp. banqueros de una de las grandes ciudades del Oeste. Parker había regado su *placerclaim* en una longitud de dos millas con polvo de oro. Enterró en las arenas más de dos mil *dollars*.

Ningún capital rindió jamás tanto interés. Según el dictamen de dos sabios, hombres graves, llegados expresamente para ello desde Boston, la mina, *mechada* como he dicho, fué reconocida y declarada de incalculable riqueza. Frissel y Comp. se consideraron dichosos en adquirir ese tesoro á cambio del cheque de un millón de francos que Parker pedía. Los sabios volvieron á Boston largamente retribuidos: Parker los recompensó no menos generosamente, porque la opinión de aquellos hombres notables confirmó la existencia del placer. Entre los mineros, los más honrados se contentaron con callar. —“Que se defienda.” He aquí la frase que cada uno pronuncia en la Pradera al derredor del desventurado á quien se desvalija.

“Como Frissel y Comp. no se han quejado, probable es que aguarden la oportunidad de vender el caño mechado de oro por el doble ó triple de lo que pagaron, á alguna sociedad que, á su vez, distribuya las acciones á fuerza de reclamo entre los papamoscas europeos. Todo terminará por una bancarrota.

ta en la que los débiles se fastidiarán. Esta es la ley de la vida, tal como la conciben los americanos.

"Parker, el admirable bluff, tiene hoy aun más prestigio que fortuna. Es en la actualidad uno de los ciudadanos más influyentes de Imacha. "*So smart a man*" en camino del Senado. Posee en una ciudad nueva cuatro manzanas completas de casas, y ha olvidado siu duda su trapacería tanto como á este condenado francés, Sheffed, que le envió una bala de su colt, 44, al muslo, un día que vomitaba en público contra las mujeres de Francia todas las atrocidades que pretendía haber aprendido en París. De propósito apunté bajo para no matar á mi hombre, que, por su parte, me acarició con una baía la oreja. . . .

Tres meses después, ese tiro me iba á costar caro. Parker que me perdió de vista después de nuestro choque, me encontró un día en las calles de Custer City. Me hizo aprehender inmediatamente bajo la acusación de golpes y heridas. El conocimiento del negocio se lo abocó el juez de paz, un tal Richardson, que casualmente era mi especiero. Le debía más de doscientos *dollars*. Aparte de esto, había yo apoyado su elección. Fui exculpado por tanto en una sentencia que decía:

"Considerando: que los sentimientos del acusado recibieron una herida más cruel, que la pierna del demandante. . . ."

"En otras condiciones, hubiera yo debido poner en manos del juez una fuerte suma, para que la partiese con Parker y este me conduce á hablar de lo que domina en todos los negocios y encadena todos los éxitos en el Oeste, tan libre y tan rico: el implacable, el encarnizado combate contra el dinero del extranjero, y en particular, bajo dos formas, que nues-

tras preocupaciones francesas nos hacen considerar como proteccionistas: las costas y la justicia! En la educación del ganado y de caballos invertía el treinta por ciento de mi tiempo en la Pradera. Buenos agostaderos, tan desiertos como es posible, en donde nuevos patriarcas, dejábamos crecer y multiplicarse innumerables rebaños,—con *cow boys* resueltos que no vacilaban nunca en colgar al abigeo, ni en rechazar por la fuerza á los *grangers* y á los indios—hé aquí lo que nos aseguraría el setenta por ciento de nuestros capitales, si no hubiéramos tenido que combatir contra esas dos sanguijuelas.

"El impuesto sobre el capital forma el principal ingreso de los Estados. Las declaraciones tratan naturalmente de reducirlo y sería difícil contar el número de falsos juramentos prestados cada año, en la primavera en los territorios del Oeste. Después una comisión especial los revisa y rectifica á su antojo las tres cuartas partes de esas manifestaciones. Funda sus decisiones en denuncias anónimas, que son abundantísimas como en todas partes y que se acentúan según sea el color político del contribuyente. Si es correligionario, sus declaraciones se admiten en el acto. Si es adversario, su cuota es duplicada, triplicada, cuadruplicada. Después se trata de aumentar del cinco al diez por ciento del ingreso, á prorrata para cubrir el déficit que existe, el cual es tantas veces mayor cuanto mayor sea el número de tesoreros que se hayan sucedido en la caja del Condado. ¿Qué suerte correrá un extranjero que no esté filiado en ningún partido, sino la de ser degollado por todos? No le queda más que una esperanza: la dificultad que tienen los receptores para enumerar los rebaños. Teníamos en *Fer de Lance* un garañón árabe que era, cuando estaba en medio de su yeguacería,

una verdadera bestia feroz. Había medio muerto á un inofensivo pasajero que atravesaba la Pradera cerca de su sitio favorito. Estos garafiones atacan á dentelladas y coces á las personas que no conocen. El terror que inspiraba este animal, nos preservaba del valúo y les era forzoso á los valuadores conformarse con nuestro dicho.

"Para no ser perjuro pasaba, como he dicho, mis hordas á la reservación india, en la época de la prestación del juramento y no tenía yo que declarar más de un exiguuo número de cabezas. No obstante la precaución, nuestros impuestos eran tan considerables que consumían la mitad de las ganancias; porque tres veces, durante mi vida de *cow-boy* desapareció el tesorero del Condado, llevándose la caja y fué preciso pagar nueve por ciento de recargo para equilibrar el presupuesto. Tenía yo razón ó no al afirmar que el fraude en materia de impuesto es en tales casos, defensa legítima?

Los rancheros como es de creer, no lo toman á mal. Recuerdo aún la fisonomía de Tyffe, el tesorero de 188, hoy en la Penitenciaría, cuando el *foreman* de la Compañía Anglo-Americana, vino á declarar solemnemente, después de los rigores de la Estación que no le quedaba más de una vaca lechera. Y la Compañía poseía más de treinta mil cabezas! Es preciso agregar que el mencionado *foreman*, había abusado también esa mañana de los *corpse-revivers*. Tyffe quedó petrificado de admiración ante semejante audacia. "*What a pluck...*" exclamó, y admitió la estupenda declaración. Después un grueso trago de vino ofrecido por una Compañía rival, le hizo cambiar de opinión y de una plumada aumentó la cuota veinte mil veces, lo que le valió de parte de los *cow-boys*, un simulacro de linchamiento, en que poco fal-

tó para que dejara su asqueroso pellejo de concusionario.

"Hay modo alguno para escudarse contra gente de tal integridad de conciencia? A quien ocurrir? A la justicia? Cada lugarejo del Oeste tiene á lado de sus dos ó tres generales y sus treinta ó cuarenta coroneles un número equivalente de abogados.

"¡Ah, los abogados! el azote de los países en donde la magistratura es por elección. Sentados, con los piés en alto, con el cigarro en la boca, desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche ruman cuantos procesos es posible suponer. No hay un pleito, ni una disputa, ni una sola palabra dicha con viveza, sin que llegue el eco á sus oídos y se precipiten en nuestra busca para ofrecer sus servicios gratuitamente con la perspectiva halagadora de una buena indemnización. Se acepta. Principian los procedimientos. Pronto es tal el embrollo que ya nadie comprende cosa alguna. Y llegado este caso vuestro abogado os dice con las lágrimas en los ojos, con la cara de á palmo, que se ha perdido el negocio. Expone las razones que son exactamente contrarias á las que había argüido para meteros en ese mal paso. Y para convenceros mejor os conduce en secreto á la casa del juez, que confirma lo que el estimable abogado ha dicho. Sin embargo, es aun posible una transacción. Accedeis á ella por salir de ese infierno. Cuesta doscientos, trescientos mil *dollars* en proporción á vuestra fortuna. El total se reparte equitativamente entre los dos abogados y el juez. Ví á un compatriota mío, culpable de haber matado á un baidido que le había disparado primero, no poder obtener la más justa de las absoluciones sino tirando veinte mil *dollars*!

"Se indigna usted, es verdad? Yo también en otra

época me indigné contra esa horrorosa ausencia de honor profesional. Tiene á pesar de todo algunas excepciones, pero tan raras que á fuerza de encontrarlas se acostumbra uno á ella, como á la lluvia en el otoño, como á la nieve en el invierno. En esas cortas poblaciones del Oeste pasa con los magistrados lo mismo que con los médicos y con los dentistas. Referiré aun algunas anécdotas para concluir. Un día volvió Herbert de Omaha á donde había ido para que le limpiaran la dentadura, con la boca llena de agujeritos, que el operador había abierto en sus dientes después de haberle adormecido. Sufrió tanto, que volvió en sí, é hizo que le orificasen esas cavidades, á diez *dollars* cada una! . . . Uno de mis *cow-boys*, iba de mal en peor á pesar de aplicarse el tratamiento prescrito por un doctor, quien le había diagnosticado una afección del estómago. Tomaba diariamente un papel de unos polvos que nos parecieron sospechosos. Los hicimos analizar y supimos de ese modo que el pretendido remedio tenía por objeto prolongar la indisposición del desgraciado. Había en esa fecha mal gastado más de cien *dollars* que estaban en manos de su envenenador, y que representaban su sueldo de dos meses! . . .

"Tales abominaciones morales y centenares más que me ahorro referir, son la consecuencia forzosa del formidable conflicto de energías y de ambiciones desencadenadas en la Pradera. Aun cuando sufría yo más que otro alguno por su causa, me daba cuenta de esa necesidad. Cada vez que chocábamos con una barbaridad exagerada, Herbert y yo nos citábamos mutuamente un pintoresco anuncio en que veíamos el símbolo de esa civilización que principiaba. Le habíamos leído en una estación en la época de la huelga de los empleados de ferrocarriles:

"Passenger, thes lineis ts boy cotted. You'd better

buy an insurance ticket, as thes train will be sun by a green engineer. . . . — Pasajero, esta línea se halla en el desconcierto. Precaveos, tomando una póliza de seguros de vida, pues el tren será dirigido por un maquinista novicio. . . ."

"Por todas partes encontrábamos en la Pradera la mano del *green engineer* y yo pensaba en la Francia, tan bella, tan pacífica, tan completa, verdadera tierra del amor aun en sus defectos, y á la que basta haber abandonado para apreciar el encanto de vivir en ella; esta misma idea la expresó perfectamente en mi presencia un americano, al preguntarle qué le había sorprendido más en París:

—"Well,"—respondió—"the finish of it. . . ."

"Lo que esa ciudad posee de tan acabado. . . ."
 ". . . Y aun no he tornado á mi adorada Francia y ni aun sé si volveré algún día. Donde está la familia está la patria; y hoy la mía se encuentra en esta ciudad del Canadá, á orillas de este vasto lago, tempestuoso como un mar, á donde vine á reparar las pérdidas que causó la última insurrección india al pobre rancho, hoy en ruinas, de *Fer de Lance*.

"Y cosa extraña, al terminar esta confesión, á la que puedo llamar póstuma, puesto que el *cow-boy* Seffield ha muerto á su vez y ha cedido nuevamente el sitio al francés Raymond, me sobrecoge la nostalgia de la Pradera. Conozco ahora cuán profundamente he amado á ese desierto, tan triste, pero lleno de tanto atractivo, para los que han vivido muchos años allí, en plena exhuberancia física, con el revólver en la mano y con la carabina en el arzón de la silla. Tengo ante mí esa silla de *cow-boy* y la miro. Aun me parece oír silbar el viento de las noches que pasaba yo fuera y que murmuraba para mí, palabras misteriosas como en los primeros días del mundo.

Veo la inmensidad de la estepa, cortada aquí y allá por cañones donde se ocultan á medio día las ciervas con sus cervatillos, los tranquilos manantiales donde los pumas vienen á acechar á los delicados, á los frágiles antílopes. Oigo el ruido de los cascos de mi caballo al romper las grandes yerbas secas del Dakota. El viento me trae el vegetal y fresco aroma de las salvias de Wyoming. Ante mí se despliega todo ese vasto país,—país feroz y peligroso, pero país libre en donde, á pesar de todo, he sentido que la vida es menos dolorosa que en parte alguna,—país de las grandes emociones, en donde me sentía tan cerca de la naturaleza, tan cerca de Dios!—Palpo, con mis dedos trémulos, el cuero curtido de esa silla y necesito domar el deseo loco que me asalta de sentarme, como en otras veces, sobre ella, de impulsar á mi noble caballo, con la espuela y de caminar, de caminar más y más léjos hácia el Oeste,—yo, padre de tres niños!”

VIII

LA EDUCACION

Cuando se ha contemplado una civilización en algunos de sus ejemplares en todo su desarrollo, cuando se ha formado una idea exacta ó inexacta de sus cualidades y de sus defectos, de su valor y de su insuficiencia, falta verificar esa idea con una experien-

cia establecida al revés, si así puede decirse. Es indispensable ver á esos individuos, ya sean hombres, ya mujeres que se han contemplado entregados á la obra de su madurez, en el estado de formación. O más sencillamente: el estudio de la vida de un pueblo tiene como corolario indispensable el estudio de los procedimientos que emplea en su educación. La naturaleza de la enseñanza que da un país á su juventud es dos veces significativa. Por una parte es reveladora de la concepción que tiene el educador del hombre y por lo mismo del ciudadano y por consiguiente de toda la nación. Y por otra, permite, si no prever, cuando menos sí presentir lo que será el porvenir de esa nación, supuesto que los niños y los adolescentes así educados serán los que á su turno constituyan la patria.

Por ejemplo: sería posible comprender absolutamente á la Inglaterra, sin haber comprendido á Oxford y á la especie de seminario de *gentlemen*, allí establecido hace ya siglos? Os sentais sobre el césped del jardín del *New College*, al pié de las viejas murallas de la ciudad;—en la cerca de Wadham, próxima á la Capilla construida por la Sra. Dorotea, cuya estatua se ve aún, rígida y severa, envuelta en los pliegues de su manto de piedra, al borde del estanque de Worcester, sitio de los debaneos de Inindy, en el magnífico y silencioso parque de St. Jhon. No teneis sino ver á las jóvenes bárbaras, como les llamaba Mather Arnold, pegando al *tennis* en este cuadrado de una belleza debida toda á los muertos; no teneis sino seguirlos cuando abordan, vestidos de flanela, la canoa en que van para pasar rozando los venerables muros de los antiguos claustros, ó bien, á caballo, al trote, á lo largo de los verdeantes cementerios esparcidos por todas partes en la ciudad.—y todo el porvenir de